

maghenta
EDITORIAL

Hache

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta obra, cualquiera que sea el medio empleado: electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc., sin el permiso explícito de los titulares de los derechos.

1.ª Edición.

© Saturnino Martín, 2007.

© Maghenta, S.L.
Autovía de Madrid, Km. 315,700
50012 Zaragoza
Tel. +34 976 106 300
Fax +34 976 106 301
www.maghenta.com

Depósito Legal: Z-042/07
I.S.B.N.: 84-935490-3-7

Impreso en Zaragoza, España.
Talleres Editoriales Cometa.

Hache
SATURNINO MARTÍN

A mi familia, amigos, compañeros y alumnos
que en tantas ocasiones me han ayudado.

En especial a Paloma, mi mujer y compañera,
y a mis hijos Miguel y Paula
que me tienen que soportar en las horas de escritura.

I

¿COMIENZO O FINAL?

Me encuentro sentado en el suelo, con un cojín apoyado en los riñones y otro en la cabeza, del salón de la flamante casa que prontamente vamos a estrenar mi chica y yo. A pesar de que pretende ser mi nuevo hogar está fría. Los colores pálidos de las paredes, todavía desnudas; el sobrio mobiliario, casi minimalista, en este momento sólo es funcional; la arrastra hacia la impersonalidad un vacío que reside en cada rincón, que aguarda llenarse para ser un verdadero y compartido nido... si llegamos a alcanzarlo alguna vez. Espero con inquieto anhelo la llegada de esta mujer que parece ha llenado mi existencia, codicio su alianza, que con su calor convierta el habitáculo en una verdadera morada, que consiga, con su discreto gusto, alimentar de viveza nuestra unión.

Con todo, estoy satisfecho por el trabajo bien hecho. Durante este mes que me he hallado desguarnecido, he acondicionado nuestro chalet; este chalet individual de quinientos metros en cada una de las dos plantas (ella todavía mantiene algunos posos de su vida anterior) que curiosamente se localiza en el término municipal de Parla. En realidad es su quinta, yo no he aportado ni un euro para comprarla, no lo ha permitido. Parece que me ha querido agradecer con este asilo (que espero y ambiciono, una vez más, sea compartido) por las peripecias que hemos vivido juntos, sobre todo en estos últimos tiempos; por los desvelos que he soportado por y con ella.

En este lapso de mi orfandad se ha dedicado a recorrer el mundo preparando su flamante trabajo. Es la directora, entre otras funciones no menos importantes, de una ONG para ayuda a los marginados en los barrios y pueblos de los extrarradios de las grandes ciudades. Entidad que, después de muchos avatares, hemos conseguido tenga fondos ilimitados, tanto para sus obras como para la bisoña gestora.

Su subsistencia ya nunca va correr peligro, todo está atado y bien atado. Pero, todavía dudo si su mente está a salvo, si su claridad de ideas se mantiene después de este tiempo, si sus sentimientos siguen tan diáfanos como antes de su partida o si se ha hundido después de la tremenda tempestad.

Quería que hiciese este periplo de estudio escoltándola, que compartiese no sólo la vida con ella sino que además me implicase en su trabajo, en sus

ideas. Como es lógico, no he aceptado, entiendo que en una pareja no se deben participar las horas de labor, cada uno debe dedicarse sus propias ocupaciones (¿verdad o estupideces americanas?); además, después de los acontecimientos que nos han unido, necesitábamos un cierto alejamiento, un período de reflexión, de poner las obsesiones que me fustigan en orden, para descubrirnos la respuesta definitiva en cuanto a nuestro futuro.

Cuando ella comenzó su viaje parecía que en su interior no cabía el menor titubeo, su ilusión era tan inmensa que sin pretenderlo me estaba arrastrando. En mi cabeza se alborotaban sensaciones contradictorias; nuestra reunión ha pasado por tantas revueltas; mis hallazgos han sido tan ignotos, tan tenebrosos, tan inmoderados que me han obligado a enmendar mi postura ante la vida. Una persona que tras una dura biografía era equilibrada se ha convertido en un ser sumido en un mar de contradicciones que no es capaz de abordar.

Según los expertos, el esfuerzo físico parece ayudar a aclarar las ideas y en ellas me he centrado en este tiempo de soledad. Y creo que ya tengo casi todo el devenir medianamente claro. Este período de tiempo en el desierto, como un ermitaño, sí me ha permitido llegar a algunas conclusiones, sobre todo una: la quiero. Por esto necesito que regrese, soy como el pastel que espera la dulce boca de una bella dama decimonónica que lo ha tomado con sutil delicadeza entre sus largos dedos para saciar sus ocultas y reprimidas pasiones; ansío que retorne, que podamos mirarnos directamente a los ojos y estúpidamente nos declaremos nuestra mutua y correspondida devoción como unos inconscientes adolescentes.

A pesar de todo, las vacilaciones me asaltan más que esporádicamente; con excesiva frecuencia me abordan dudas; mi cabeza es como una fruta fagocitada con lentitud pero sin compasión por un gusano de necias preguntas: ¿habrá cambiado?, ¿mantendrá incólume su amor?, ¿nuestra vida en común es posible?, ¿nuestro contradictorios mundos no chocarán?, ¿podrá aguantar mi juicio la presión de los secretos que amontona?, ¿sabré resistir?...

Sigo aguardando refrescándome con una cerveza en la mano y engullendo unos frutos secos, disfrutando de este cansancio corporal con el que quiero trasladarme a un ficticio edén ajeno de reflexión, disfrutando de la maravilla que va a ser (eso espero) mi nuevo, nuestro nuevo cobijo. Supongo que estará orgullosa de todo lo que he realizado, del esmero con que me he empleado.

Me impaciento por su tardanza (presumo que no se habrá arrepentido), me desespero, me apremia su presencia, su pasión.

Escucho el retumbo lejano un coche que entra en el garaje. Es el susurro que me devuelve nerviosamente al mundo. El motor del vehículo enmudece haciendo arrancar el de mi corazón, beneficiando se expidan salvajes cauces hasta el más recóndito rincón de mi cuerpo. Atiendo al taconeo que sube con timidez las escaleras y se aproxima al salón (todavía no se ha acostumbrado a la distribución, en realidad cuando se marchó el mobiliario brillaba por su ausencia). Cada indeciso paso es acompañado por cantores latidos de mi corazón guiando a la joven hacia su destino. Mi conciencia está acelerada, me figuro como el felino esperando a que su presa se detenga para conseguir el certero zarpazo que alivie su desesperada avidez, pero no me levanto, aguanto la postura hasta que por fin aparece como una cervatilla que se muestra orgullosa en el bosque esperando ser atendida. Se aproxima con cara de solemnidad, descubriendo con su mirada los rincones de su nueva casa, y se planta delante de mí con los brazos en jarra; es la monarca que toma posesión de su ansiado reino. Despeja un amplia y cordial sonrisa que pone al descubierto sus igualadas y nacaradas perlas, mientras que yo simplemente me embeleso en su cuerpo.

—¿No me vas a decir nada?—me reprocha gozosamente, despojada de incertidumbre. Respondo con otra sonrisa sin reacción aparente, escondo mis instintos preparando la emboscada— ¿Tan cansado estás que no te levantas para pegarme un achuchón? —insiste con regocijo; la tranquilidad que desprende su alma me hace henchir de ella, conseguir ese sosiego que es lo que ciertamente necesito, es la luz que desde el lejano faro guía al navegante desviado de la recta derrota. Al no obtener ninguna respuesta finge un enfado indicando con rotundidad—, y yo que quería... que me hicieras alguna cosita después de tanto tiempo —su rostro se ilumina llamándome al abordaje que demoro imaginándome que el suelo es un tremendo imán que me retiene pegado con su fuerza.

A pesar de sus insinuaciones, de sus tentaciones, me mantengo firme. Los rayos de la última hora de la tarde penetran por el ventanal y hacen transparentar la blusa y falda que viste, adivinándose el contorno de su precioso cuerpo. Me retardo cautivándome en cada uno de sus serpenteos, evocando el fuego que me incendia en cada roce de su piel. No se ha percatado de que me está pregonando esa mágica hechura por lo que sigo aprovechándome insidiosamente de la perspectiva hasta que por fin la saludo con un desnudo:

—Buenas tardes, mi griega.

Arrugando su chata naricilla me recrimina con hilaridad.

—Te he dicho cien mil veces que me llamo Helena, aunque sea con hache... —y con un susurro afirma— ...y me encanta que me llames así.

Sus claros ojos verdes me llevan a las aguas plácidas de los mares dominicanos, emanan a borbollones todos y cada uno de sus sentimientos, sus emociones, sus pasiones, no quiero que diga nada sólo disfrutarla. Aprovechándome como un entrometido mirón recorro con la mirada, como un animoso explorador, la maestra orografía de su cuerpo. Su hechura se ha ido autoesculpiendo en el tiempo plagiando a una escultura clásica, adaptando sus formas a unos contornos más modernos, más atrayentes a los modos actuales. Fingiendo cara de reproche y con disfrazada voz grave le comento...

—¿No te da vergüenza ir sin sujetador por esos mundos de Dios donde te metes?

La verdad es que su cuerpo no es especialmente espectacular, pero lo suficiente hechicero. Sus pechos asemejan pequeños cuencos de miel que aguardan ser engullidos con consentida glotonería. Se mantienen erguidos sin necesidad de ayuda para desafiar a la fuerza de la gravedad. Obligan a deslizarse en la sinuosidad de su talla, subiendo y bajando las cumbres y valles que adornan su geodesia.

A su bello rostro asciende un notable acaloramiento que hace que su clara piel se torne en tenue carmesí (esta chica sigue siendo una tímida a pesar de sus treinta años). Las llamas me arrojan un calor que me hace inflamarse como un indefenso papelillo que cae en las llamas del fogón de la hogareña cocina.

Y con una gran carcajada asevero:

—Y además con tanga en lugar de algo decente.

Su rostro se ha convertido en una antorcha, su bochorno casi me abrasa en la distancia. Cae en la cuenta del sentido de los destellos del sol y del cosmos que me están descubriendo. Esa fina piel, casi transparente, que contradiciendo a la normalidad se tiñe de oscuro al contacto del sol en lugar de convertirse en un incómodo bermellón. Instintivamente cierra las piernas y cubre su torso con los brazos mientras ríe histéricamente. Me centro en la oscuridad que se descubre sobre la cinturilla de sus escuetas braguitas, la mitad de ese

tatuaje que desde hace tantos años me ha cautivado brotando desde la parte superior de su ingle derecha.

Una vez que se ha recuperado de la zozobra ofrezco mi mano y tomando la suya la atraigo hacia mí haciendo que se siente sobre mis piernas. La deposito un casto beso entre los ojos. Con parsimonia consigo abrir su boca con mi lengua fundiéndose nuestras emulsiones, bebiéndonos mutuamente, fricionándonos con impaciencia, intentando recuperar el tiempo perdido. Con aceleración, con precipitación, nos desnudamos quedando esparcida la ropa sin concierto en todo el salón; nuestros movimientos son irreflexivos, nuestros choques casi violentos, nuestras caricias significan rasgaduras en nuestras pieles. Ahí mismo, en el suelo, con ansia, sin artificiosos frenos, nos hacemos desesperadamente el amor hasta conseguir un éxtasis casi divino que nos hace desfallecer.

Ya templados, se arrulla en mi cuerpo, apoya su cabeza sobre mi pecho y con un sufrido susurro certifica...

—Te quiero, siempre te querré, no puedo vivir sin ti, no puedes imaginar cómo te he echado de menos durante todo este tiempo.

Lo descarga sin pausa, evitando que la interrumpa, simulando una sentencia que es imposible de recurrir, pero con una voz tan dulce que sólo permite un sumiso acatamiento. Deposito un beso en cada uno de sus párpados haciendo que enfunde sus lindos ojos que no se adornan con artificiosas pintadas, afirmándole de esta forma, sin manifestar una sola palabra, mis sentimientos. Con lentitud advierto que su respiración se va sosegando como la criatura hambrienta tras haber conseguido la necesidad del maná esencial, que su cabeza se aplasta contra mi pecho buscando un refugio cálido y seguro, escuchando la nana que canta mi corazón, que poco a poco consigue dormirla mansamente.

Me parece increíble que después de todos los avatares siga siendo casi una chiquilla, que haya conseguido aferrarse a la vida, que no tenga ninguna duda sobre cuál va a ser su transcurrir. De repente, en un nuevo sinsentido, me asaltan infames las malditas dudas. La tomo en brazos y la trasbordo a la amplia cama que no nos ha dado tiempo a inaugurar. La embozo con la fina sábana, me siento en una silla frente a ella y me dispongo a hechizarme con su presencia.

No sé por qué no me encuentro tranquilo, vuelven mis incertidumbres. Sí, sí estoy enamorado de ella, pero cómo la quiero: como un hermano, como un

padre, simplemente como un amante; qué soy para ella: su nuevo patriarca, su nueva familia, ese asidero que precisa. ¿Echará de menos su vida anterior?, ¿resistirá a los cambios por los que ha optado? Yo quiero ser simplemente su pareja, su complemento. Incluso suponiendo que seamos una verdadera unidad: ¿resistirá el peso el inmenso secreto que guardamos?, ¿le tengo que confesar la parte oculta que todavía no conoce? Demasiadas preguntas para mi alcance, demasiadas interpelaciones que con celeridad y tino debo resolver. Inmerso y perdido en esta penumbra, se me asoma una tenue luz primero y me alumbra una genial idea, después. Voy a psicoanalizarme a mí mismo y tras haber hallado las respuestas destruiré las pruebas,≠ porque nadie debe conocer estos lances que deben permanecer herméticos, que nadie, en ningún caso, debe siquiera intuir.

He de trabajar toda la noche y será por la mañana, al alba, cuando dé a mi chica la respuesta definitiva. Me levanto, preparo una cafetera, me acerco a mi despacho, enciendo el ordenador...

II

EL PRIMER CHOQUE

Estoy embebido mirando el parpadeo del cursor. El despacho está totalmente oscuro, sólo la exigua iluminación que desprende la pantalla que reposa sobre la mesa logra un ambiente brumoso en la habitación. A mis oídos sólo llega el lejano rumor de los camiones que circulan por la carretera de Toledo. Agradezco el retumbo que rompe la sordina completa. Desde el agasajo no deseado en la céntrica posada que me ofrecieron sin requerirla, no consigo tolerar la calma total.

Parece mentira, pero no sé cómo empezar. Es increíble que un señor profesor, acostumbrado a sistematizar los temas, a ser ordenado, a tejer perfectamente las ideas, no consiga encauzar el torrente de recuerdos, de vivencias acontecidas, sobre todo en estos últimos tiempos. Las incertidumbres, las contradicciones me martillean sin compasión.

No puedo discernir a partir de qué momento pude evidenciar los sentimientos hacia Helena. Me encuentro obligado a convenir que no ha sido una relación de amor a primera vista, muy al contrario, comenzó siendo una relación de recíproco y longevo... ¿odio? Sólo en contados momentos de nuestra relación hubo un ligero acercamiento cuasi amistoso entre ambos.

Sigo mirando la oscura pantalla; en un momento tuvo que comenzar nuestra adhesión, esta asociación que se ha ido fraguando a lo largo de todos estos años (¿tantos?). Pero, ¿a partir de qué momento ella permutó sus afectos?; o quizá siempre fueron disimulados, encubiertos por una capa por la que intentaba protegerse; ¿siempre se sintió atraída hacia mí y yo hacia ella?

Hago rodar la silla hacia atrás apretándome contra el respaldo. Alzo las piernas para apoyarlas sobre la mesa. Me ha parecido entender que Helena se mueve en la cama, que su respiración es perturbada. Temo que se levante antes de haber conseguido mi sentencia definitiva. Por fortuna es una falsa alarma. Me levanto y comienzo a caminar de un lado a otro de la estancia, intentando realizar el mínimo roce; siento el frescor del suelo acariciando mis pies desnudos que se deslizan jugando a seguir las juntas de las losetas de mármol, evitando los obstáculos que se cruzan en el recorrido porque todavía no he tenido el tiempo suficiente para desembalar las cajas que recogen mis

libros. Retorno al asiento, cubro mi cara con las manos, mantengo los ojos cerrados y... por fin determino comenzar por el principio, por el primer enfrentamiento que tuvimos para, a partir de ahí, dejar que caminen los recuerdos por orden según se encadenaron los hechos.

Deposito las manos sobre las teclas y con ligereza comienzan a activarse los dedos sobre el teclado y apareciendo las letras en la desértica pantalla...

Era un martes del mes de abril, tenía que dar clase a ese odioso grupo de niñas al que habíamos bautizado los compañeros como *las pipiolas* (somos exquisitos en los apelativos). En esos momentos era el encargado de impartirles las clases sobre el funcionamiento del Office, estábamos muy entretenidos intentando desentrañar los misterios de lo que es una hoja de cálculo.

Se trataba de uno de las peores camarillas con que me había enfrentado a lo largo de mis diez años como docente. Era un conjunto de diez amiguitas que se habían reunido en todos los aspectos de su pueril existencia. Sus padres, todos vecinos de una importante urbanización de casas individuales en Somosaguas, habían decidido que estudiaran la licenciatura en ADE y ampliaran los conocimientos que recibían en la carrera con estudios de informática y posteriormente complementando la preparación con añadidos que se precisan en las labores cotidianas de nuestra profesión.

Al acceder al aula el murmullo ya era insoportable. Tomé la decisión de comenzar la clase aunque no me hicieran el menor caso, como así fue a lo largo de la interminable hora. Sus risas eran constantes, sus operaciones con los móviles me descubrían que constantemente se mandaban mensajes que incrementaban su hilaridad, sus señales demostraban que se estaban burlando de mí, hasta que casi al final estallé.

—Bueno... ¡YA ESTÁ BIEN!

Grité por primera vez en mi vida como enseñante. Fue un alarido roto, intentando salir de esa habitación que era más una mazmorra de suplicio. Cada una de las paredes de la clase se apretaban con lentitud sobre mí, fue la única manera de atorar la tortuosa trampa que me oprimía.

Se volvieron hacia mí, la única ocasión en la que conseguí que me hicieron caso. Una vez conseguida su atención, continué ya con un tono más sosegado.

—Por favor, no entendéis que a mí me pagan igual tanto si aprendéis como si no. No entiendo cómo unas señoritas con veinte años se comportan

como niñas de quince. Se me escapa la razón, el por qué me intentáis putear a mí y no fastidiáis a vuestros padres, que son los que realmente os obligan a hacer lo que no deseáis.

No era capaz de hilar el discurso. Disfrutaban con algarabía de mis reiteradas estupideces. Después de un tenso silencio y al no obtener respuesta proseguí.

—Comprended, aunque os parezca mentira, que lo que hacen vuestros padres pretende ser vuestro bien, que dentro de poco os enfrentaréis a una dura profesión, donde no existe tregua, donde las zancadillas son la orden del día. Porque supongo que vuestra meta no será el conseguir un buen marido y dedicaros a la vida contemplativa, pariendo hijos que serán cuidados por la correspondientes chachas, mientras estáis en el club de tenis.

Esta vez sí desviaron sus ojos de mí, se miraron unas a otras con una estúpida sonrisa; incluso me pareció que alguna de ellas asentía a mi última afirmación. La dureza empleada había sido en balde (lo habían escuchado en muchas series de televisión).

—Perdonad el sermón que os de soltado —terminé ya con el pomo de la puerta en la mano—. Hasta el martes que viene y... por favor reflexionad.

Al salir cerré delicadamente la puerta y me apoyé sobre ella. Mi tensión era tan grande que la camisa estaba empapada de frío y pegajoso sudor, haciéndola parecer más una elástica de camuflaje en lugar de un fino adorno a juego con la americana que aguardaba en el despacho.

Cualquier esperanza se desvaneció inmediatamente porque a mis oídos desembocaron las carcajadas de las diez chicas simultáneamente, y unos comentarios más que despectivos: «Qué borde. Este tío es gilipollas. Qué se habrá creído este niño. A éste le falta que alguna le ponga en marcha, seguro que no moja desde hace la tira. ¿Alguna voluntaria?...» Etcétera.

Mis esfuerzos fueron ímprobos para no retornar y liarme a azotes con cada una de ellas, que era lo que realmente les hacía falta (en ocasiones me asaltan los ramalazos de barriobajero que no puedo negar). Aceleradamente me dirigí hacia la sala de profesores donde, por suerte, había algún solidario compañero que me entendía, con el que pude desfogarme. Ese antiguo confesor al que relatar los pecados que me llevarían directamente al terror del infierno del que realmente había emergido.

III
EL SEGUNDO

A lo largo de aproximadamente un mes el rapapolvo surtió efecto. Fue un tiempo de sosiego, en este lapso no me hacían ningún caso pero por lo menos había silencio.

Sin embargo, la calma no puede ser eterna y estalló de nuevo la batalla. El calor empezaba a hacer estragos, tanto el vestuario como en el comportamiento. Debo reconocer que había una tremenda contradicción entre la presancia de las chicas del grupo y su proceder. Desde luego era más que agradable para determinados sentidos, gratificaba entrar en una clase en la que se descubrían cada vez más las bellezas físicas de las chicas. Lástima que no se pudiese obviar sus maneras que arruinaban cualquier iniciativa.

Otra vez estaban alteradas desde el comienzo de clase, sus murmullos alegaban constantemente, sus jolgorios me hacían desconcentrar, me extraviaba reiteradamente, hasta que de nuevo estallé.

—¡BASTA YA! —vociferé sorprendiéndome a mí mismo—. ¡ESTOY HASTA LOS MISMÍSIMOS COJONES DE VOSOTRAS! —me encontré como un oso gruñendo desesperado tras ser herido por un inepto cazador.

Al conquistar su interés, ya más sosegado les propuse un trato.

—Ya queda poco para acabar el curso, quiero que lo finiquitemos de forma civilizada, por lo que os formulo lo siguiente: Vosotras no me hacéis ni puto caso durante el trecho que nos resta para acabar el curso y yo simplemente me dedico a recitaros los conocimientos que deberíais alcanzar. No os preocupéis, no os voy a suspender a ninguna, yo no soy vuestro viejo, hemos llegado a un punto en que me importáis una mierda, de verdad.

La tensión se podía cortar, durante unos instantes no se oía ni la respiración de las chicas. Aprecié, quizás ingenuamente, que había una desigual reacción. Por una parte, algunas de las jóvenes me pretendían asesinar con la mirada, como si yo tuviese la culpa de todo; otras simplemente me ignoraron; y tres de ellas, entre ellas Helena, parecían abochornadas.

Es posible que hubiese conseguido más de lo que realmente pretendía, creo que había logrado desunir el grupo, incluso alojar en alguna de esas cabecitas un halo de duda.

Por fortuna, el tiempo de la clase ya había finalizado y sonaba el timbre del cambio de materia. Salí con una cierta esperanza y me acerqué al servicio para refrescarme. Fue allí, por culpa de los tabiques de papel, cuando se me desplomaron todas las ilusiones. Sus comentarios fueron más o menos, y sin posibilidad de alejarme en demasía, los siguientes:

—Tenemos que hacer algo contra este borde.

—Es un engreído que se cree por encima de nosotras.

—Qué se habrá creído.

—Tiene que aprender quién le paga.

—Tenemos que echarle.

—Eso, vamos a putearle... aunque en clase seamos muy buenas.

Por fortuna, la pared distorsionaba las voces y no reconocí su origen. Si hubiese identificado a alguna de las irreverentes damiselas no hubiese sido capaz de contener una reacción demasiado airada contra ella.

Estos comentarios me alarmaron. Tomé la decisión de acercarme a dirección y exponer los hechos. El director, persona cuajada en mil batallas de éstas, comprendió mi actitud, ratificó mi decisión. Urdimos la estrategia a seguir: él, oficialmente, reprocharía mi conducta, incluso si fuese necesario, enviaría una nota explicativa a los padres; estamos obligados a complacer a quien paga, la reconvención quizás sea necesaria, aunque mi puesto de trabajo no corre ningún peligro. Abriremos el oportuno expediente, que se olvidará con el tiempo. Unas crías no pueden marcar la estrategia de personal del centro.

—Desde luego lo que no vamos a hacer es lo que estás pensando —a veces mi cara hace que sea un libro abierto—. No voy a permitir ni autorizar que dejes el grupo por el comportamiento de esas niñas —su tono fue tan imperativo que no permitió la mínima réplica.

—Está bien, intentaré terminar el curso como pueda.

IV

NO HAY DOS SIN TRES

Hasta el final de curso respetamos ambas partes el trato. Ya no hubo jolgorio en clase, tampoco aprovechamiento, pero el oasis de tranquilidad lo gocé durante estas últimas jornadas.

Reflexioné profundamente: estas pimpollas no me podían vencer. Estudié sutilmente las maneras de cada una de ellas. Su disposición, aunque parecía unitaria era diferente en cuatro de ellas, lo declaraban sus furtivas ojeadas: cuando las otras estaban distraídas mostraban cierta atención hacia la materia e incluso hacia mí.

Conluí adjuntar a las notas (en el pacto ya he comentado que todas estaban aprobadas) una citación en mi despacho para cuatro de ellas: Marta, Alejandra, Inés y Helena.

El día de la convocatoria Alejandra no se personó. La conversación con Marta e Inés me pareció satisfactoria. Llegamos a la determinación de que durante el verano iban a recapacitar, que el ejercicio siguiente sería diferente, que cambiarían de grupo para no distraerse y verse arrastradas por las otras.

Cuando entró Helena todo fue opuesto. Estoy seguro de que había comentado la citación con el resto de compañeras y habían tramado algo. Se presentó con un atuendo difícil de comprender para un contexto como éste. Portaba un top del que se desbordaban sus flotantes jícaras; en la oquedad del ombligo, dibujado gracias a un compás manejado con maestría de arquitecto, exhibía un *pearcing*; y un tatuaje de un exquisito dibujo tribal a la altura de la cadera derecha se escurría hacia abajo perdiéndose por la cinturilla del pantalón, ese pantalón corto del que sobresalía el final de su tanga amarillo chillón. La figura de esta chica era embaucadora; cada uno de sus finos y cuidados músculos demostraban la cantidad de deporte que realizaban. «Si esas horas perdidas las aplicase en parte a sus estudios sería una persona terminada», pensé absorto mientras ella aguardaba expectante mi reacción. Debo reconocer que el cuerpo de Helena siempre me llamó especialmente la atención por la sutileza, la elegancia de su hechura, me atraía como el mar arrastra las aguas del río hacia su inmensidad.

Se sonrió por la cara de contrariedad que dispuse. Temí que habían conspirado contra mí, no podía caer en la trampa. Tomé una táctica de distanciamiento, de simple exposición de los fríos datos. Presenté mis opiniones con un talante gélido, la intenté convencer de su capacidad, de las potencialidades que posee; le expuse lo duro que puede ser el futuro cuando no tenga el socorro de sus padres; cómo puede ser una persona madura; tantas irrefutables realidades que por ser tan reiteradas no dejan de ser ciertas pero se pierden como un grano de arena en la inmensidad del desierto. Evité que ella realizase ningún comentario, me obligaba a sortear cualquier cebo por su parte, como es lógico una jovencita no me cazaría en el más banal renuncio.

Parece que rompí sus esquemas, que alcancé desarmarla, que conquisté mi primera victoria frente a ella. Su disposición parecía receptiva, asentía ante mis exposiciones, no osaba a contradecirme, advertía que la lógica estaba de mi parte. Era la esponja que absorbía el manantial de las imágenes que le arrojaba.

Cuando finalicé, se levantó, me dio la espalda y se marchó sin añadir ningún comentario. Me fijé, según andaba, que el final de su espalda estaba también acicalado con otro fastuoso grabado, éste floral, que resaltaba, más si cabe, la curvatura de la divisoria de su cruz. No pude más que suspirar con insanas imaginaciones.

En la salida aguardaban algunas de sus amigas y escuché un forzado «imbécil». Era como un sonido arrancado desde la misma puerta para que llegase a mis oídos y quedar bien con las compañeras que la aguardaban.

Tomé una decisión definitiva: «Pase lo que pase voy a segar algo bueno de esta chica, va a ser mi reto, y con lo cabezón que soy lo voy a conseguir». Desde luego, fue una temeridad de la que mi delicado organismo aún mantiene ligeras secuelas.

Me doy cuenta que esta fue la primera vez que sentí algo especial por mi Helena. Descubrí algo en ella, un espíritu indomable, una incorfomidad manifiesta, una inteligencia especial. La conquista iba a suponer una larga, desesperada y, sin duda, cruenta guerra, de hecho, las agarradas continuaron a lo largo de los años.

Pero no, no era la chispa que hizo arder mi llama, fue simplemente un reto profesional y personal. Me tenía que demostrar que desde la nada, desde su desprecio podría alcanzar unos frutos aprovechables. Se convirtió en el reto, en el pico de ocho mil que alcanzaría sin el auxilio artificial del oxígeno.

V

LA COLISIÓN

Durante el verano me olvidé completamente de los hechos acontecidos durante el invierno. Disfruté de unas largas y relajadas vacaciones. Comencé el curso con nuevas ambiciones. Este año me tocaba, por fin, impartir Contaplus a los alumnos que ya tenían una base suficiente de contabilidad (lo de base suficiente es siempre una quimera). En el grupo del miércoles coincidían sólo las tres chicas que habían aceptado hablar conmigo el año precedente.

Se presentaron unas clases muy relajadas, los alumnos ya veían la aplicación práctica de los conocimientos adquiridos anteriormente. Me forzaban a ampliar lo que supone la simple aplicación mecánica del programa. En algunas explicaciones sobrepasaba el programa específico que a comienzo de año se proyectó, me excedía en mis obligaciones y explicaba las utilidades posteriores de la información obtenida. Me encontraba realmente satisfecho del transitar del itinerario concebido en la planificación de comienzo de curso.

Ese miércoles, Helena no había asistido a clase. Cuando salí, me topé con ella sentada en un banco del pasillo, totalmente sola y llorando desconsoladamente. Me acerqué trasteándole el hombro. A mis dedos llegó una chispa especial de su aterciopelada y eléctrica piel que por primera vez rocé.

Al darse cuenta de mi presencia retiró las manos de su rostro, me miró abrumada y acertó a sollozar:

—Mi padre... mi padre... —enmudeció durante una eternidad ahogándome en ese mar de silencio—, mi padre... —me miraba manando un manantial salado de cada uno de sus ojos— ...ha muerto de un infarto —su voz era un fino hilillo que se quebraría en cualquier momento; su mirada se desvió extraviada en las impersonales láminas que decoraban las paredes, como buscando en ellas la respuesta incontestable de por qué había sucedido.

Volvió a desbaratarse. Antes de que llegasen más personas la prendí por los hombros y apoyándola sobre mi costado la arrastré a mi despacho guiándola como un lazarillo a su ciego por el camino necesario, esquivando como podía las papeleras y extintores del pasillo que lo convertían en una complicada pista americana.

Una vez allí, dejé que se desahogara durante mucho tiempo, en pie abrazándola con afecto, intentando mitigar esa penumbra que se cernía sobre ella. La pintura de sus ojos me moteó la camisa convirtiéndola en inservible. Levantó la cabeza y me miró con esos hermosísimos ojos esmeraldados que se enmarcaban carmesíes por el desconsuelo.

—Le quería mucho... —repetía angustiada— era mi padre...

La sinceridad de sus alegatos me conmovieron de tal forma que las palabras se interrumpían en mi garganta. Los ojos se me empaparon haciendo borrosa la figura de la joven. Disimulé con unas fingidas toses.

No supe más que estrecharla a modo de afirmación. La oprimía con tanta fuerza que temí hacerla daño.

—Qué voy a hacer ahora, me encuentro como un naufrago, ¿qué va a ser de mí? Se preguntaba en un quejido sin obtener la respuesta que parecía necesitar con desesperación.

La aprisioné más si cabe sin osar a plantear la contestación deseada, pero al fin y al cabo imposible.

—Estoy destrozada, ¿qué va a ser de mí? —repetía con ansiedad mientras levantaba su cabeza para solicitar la respuesta en mis ojos que con dificultad mantuvieron su mirada.

—No te voy a decir que no te preocupes —acerté a considerar—. En estos momentos debes aguantar el dolor, tienes que estar con la familia, sólo el apoyo mutuo es el que puede conseguir que sigáis adelante.

Sus suspiros tornaron a ser más aliviados, su expresión desprendía gratitud. No comprendía cómo en estos momentos no están sus queridas amigas con ella, dándole el ánimo inexcusable. La encontré sola, desorientada, perdida.

Durante unos instantes la dejé hundida en el sillón. Hice una llamada. En el lapso de espera continué:

—He llamado a un taxi para que te lleve a casa. Aúnete lo más posible con tu madre, ayúdaros, auxiliáos lo más posible. Entiende que no sólo tú has perdido a un padre, tus hermanos también, tú madre ha visto malograrse su familia, ha perdido a su compañero. A partir de ahora sois uno menos y ese vacío precisáis completarlo ofreciéndos más cada uno.

Rompió de nuevo en un impetuoso lamento. La constreñí contra mí con delicadeza hasta que avisaron que había llegado el vehículo.

La introduje en el coche, y antes de cerrar le aseguré:

—Si necesitas algo no dudes en llamarme, ten mi teléfono particular —le di un papel en el que lo apunté con pulso tembloroso—, de verdad, todo lo que necesites, no te importe molestarme —mi voz transmitía la sinceridad del ofrecimiento que no sabía era recogido a causa de su rotunda ofuscación—. Estoy a tu entera disposición para todo lo que precises. Llámame aunque todo vaya bien, te lo suplico, te lo exijo —insistí mientras la zarandeaba atajándola por los hombros hasta que conseguí una tímida pero nítida afirmación con un movimiento de su cabeza. Cerré la puerta y contemplé cómo se alejaba calle arriba.

Esta vez sí fue la primera ocasión en que me produjo algo en el corazón. La desgracia descubrió la sensibilidad de mi Helena. Este infortunio, al fin y al cabo, fue el que selló nuestra futura unión. Sería la solidaridad ante su pervertida suerte. El mazazo obligaría al polluelo a levantar el vuelo demasiado pronto. La vida no es justa, pensé, como demasiadas veces reiteraríamos en nuestro futuro devenir.

VI

LA FAMILIA

Creo que el esfuerzo de remembranza que estoy realizando está obteniendo sus primeras conclusiones. He conseguido evocar la sensibilidad, la dulzura, la entrega de mi chica. Sí, ahí fue cuando creí darme cuenta que detrás de esa careta que la cubría se albergaba una persona por la que merecía la pena luchar. Voy por buen camino, vamos a seguir marchando por la senda del tiempo.

Después de una semana recibí su llamada.

—Perdona que te moleste —por fin, la conocida voz.

Los ruegos lanzados al vacío tuvieron la pertinente respuesta. Ansiaba su timbrazo y llegó. Ahora, la perspectiva del paso del tiempo me hace dudar si mi intención era de simple socorro o anhelaba volver a tenerla frente a mí.

—Ya te he dicho que en ningún momento me importunas —le reocriminé con suavidad simulando que estaba ofendido.

—Te queríamos pedir un favor, tenemos un serio problema con la herencia de mi padre y necesitamos urgentemente ayuda.

Su entonación era queda, revelaba que todavía no se había recuperado del golpe. El plural que utilizó no me gustó, se frustraban mis esperanzas antes de siquiera comenzar. No era ella eran ellos.

—Por supuesto —asentí con prontitud y total cinismo. Pensaba que, a lo mejor, a partir de ellos encallase en ella.

Quedamos para el día siguiente en la puerta de... bueno de uno de los más acreditados y prohibitivos restaurantes de la capital. Estaría presente toda su familia: su madre, su hermano y sus tíos. Deberíamos estudiar el testamento de su fallecido padre y analizar las diferentes alternativas para formalizar su última voluntad.

Cuando arribó el taxi que me transportaba, aguardaba en formación castrense toda la familia a la puerta del restaurante. Helena se adelantó para saludarme en primer lugar largándome un beso en cada mejilla (era la primera vez que se aproximaba físicamente a mí de forma consciente, el roce

del fatídico miércoles quedó en mantillas, sus labios me parecieron de una celestial calidez). Me asió la mano y me condujo hacia la aglomeración familiar.

Me presentó a su madre, María. Se anticipó para ofrecermé su mano dene-gándome un beso, una mano especialmente cuidada, con dedos largos y con unas uñas esculpidas y perfectamente pintadas. Eran las mismas manos que las de su hija. Su belleza era rotunda, sus formas opulentas. Un donaire espectacular, con unas curvas manifiestas, no disimuladas por el refinado luto que portaba. Su rostro era anguloso, cubierto con una fina melena negra que aclaraba en mayor medida su fina piel nacarada y hacían destacar unos enormes y preciosos ojos verdes con los que laureó a su hija. Era el atractivo contrario al de su deliciosa hija. Lo que en una era inflexión en ella, en la más joven era gentil sutileza. Parece que una era el complemento de la otra. Por la forma de darme la mano deduje que era una persona poco trabajada físicamente, que tenía una exquisita educación, que su comportamiento sería en todo momento comedido. Lo que más me llamó la atención fue su juventud, no aparentaba tener siquiera cuarenta años, afinadamente cuidados, a pesar de tener dos hijos en la veintena.

Fue ella la que tomó el turno para continuar las presentaciones. Me dio a conocer a su hijo, Andresito, un chico de veintitrés años. Estaba vestido con camisa y pantalón Lacoste de colores claros. Su pelo, pajizo, engominado hacia atrás. Calzaba los clásicos náuticos sin calcetines. La flacidez y humedad de su mano me advirtió de su falta de personalidad, de su inconsistencia. Es el típico pijo que en algunos momentos, a pesar de su incapacidad, puede ser muy peligroso.

Luego nos acercamos a la hermana de María, Juani, que se parecía como una gota de agua a ella, con diez años menos, con una mayor discreción en sus facciones. Andresito y Juani podían pasar por hermanos por la edad, por la espontaneidad en su vestir y por su insolvencia como seres pensantes, como los posteriores acontecimientos ratificaron. Una persona vulgar diría que delante de mí se pavoneaba una *tía buena*. Ella lo sabía y lo explotaba con fruición.

Por último se abalanzó el tío, Paco, que a su vez era hermano del padre de Helena (una familia reducida y unida). Un tipo grotesco por la abultada barriga que lucía, sin duda por las cervezas que constantemente bebía. Casi me rompió la mano, parecía que la fuerza era su mejor o único aliado.

Su vestimenta era insolente, chaqueta azul pasada de moda, pantalón gris por debajo del bandullo, camisa blanca arrugada y con algún lamparón, y una corbata hurtada al azar del armario mal anudada. Su aspecto asemejaba un verraco, ya cebado y seboso, esperando su día de san Martín. Cada uno de los botones que sujetaban su ropa suponían el evidente peligro de un asesino proyectil que se dispararía por la lanzadera de sus fofas carnes. Me dio la impresión, como luego corroboré, de ser el típico bocazas, sabedor de todo y con mucho dinero en el bolsillo.

La pareja de los tíos de mi chica era estrambótica, una mujer joven y sugestiva, y un cuarentón sin ningún atractivo ni cuidado.

Juzgué, con equivocado tino, que la única pariente que se salvaba de una posible quema era Helena (reconozco que María se acercaba, que ella tenía un aquél que me atrajo). Quizá por ello luego se mudaría en mi compañera y sería la solitaria emparentada que tuvo la suerte de escapar de la maldición familiar.

Después de los preámbulos accedimos al local donde ya teníamos reservada la mesa correspondiente, en un lugar discreto, lejos de las miradas espías. No nos apeteció pensar la comida, todos accedimos a las sugerencias del chef para aniquilar nuestro apetito (siempre es sumamente agradable poder saciarse a costa de otros y en un restaurante como éste).

Aguardando el pedido tomamos un riquísimo y fresquísimo vino de Jerez que fulminantemente me hizo un efecto de adormidera, llevaba sólo un café encima desde que me levanté a las seis de la mañana. Cuando los diferentes platos fueron servidos, Paco usurpó la figura de protagonista a María y tomó la voz cantante de la reunión.

—Primero vamos a comer, vamos a disfrutar de estos manjares y a los postres hablamos de negocios —sentenció con su ronca y desagradable voz.

Fue un banquete muy suculento en cuanto a su calidad, pero muy desagradable en cuanto a la compañía que forzaba una difícil digestión. Durante toda la comida (fueron los típicos grandes platos con poca sustancia y decorado espectacular, que te obligan a tomar un bocadillo de calamares una vez finalizado el festín, de eso que ahora se llama cocina creativa) se dedicaron a evocar al fenecido padre de Helena, recordando anécdotas, los buenos y malos tiempos que habían pasado, de la forma de pastorear a la familia que ha quedado sin patrono. Lógicamente, no encontraba sitio en la charla,

simplemente asentía mudo, como un animalillo asustado que se refugia entre los remos de su protectora madre en la que se convirtió la servilleta con la que travesaba en mi ostracismo, y furtivamente miraba a la que ellos llamaban Helenita, que no disimulaba su malestar, que desvelaba el cinismo con que comunicaba el amor que tenía Paco por su hermano y el resto de la familia. Esta chica me daba lástima, comenzaba a entender su comportamiento pretérito.

Por fin llegaron los postres, los sirvieron y Paco comenzó con voz solemne a divagar otra vez redundando sobre las maravillas de su hermano, sobre la fortuna familiar sobre... y con una inusitada tensión, sin gradación, comenzó a explicarme el por qué necesitaban mis servicios como economista.

VII

EL LEGADO

—Te habrás preguntado por qué te hemos elegido a ti, persona de la que no tenemos ninguna referencia, y no hemos echado mano de nuestros asesores y abogados —continuó el gordo con su parrafada, dejando bien claro quién era yo y jactándose de su poderío—. La respuesta es doble, por una parte, los negocios comunes de la familia los llevaba directamente mi difunto hermano, por lo que la información es escasa; pero sobre todo, como vas a comprobar ahora con el documento que te vamos a enseñar, ha sido la última disposición de mi difunto hermano, que lógicamente estamos obligados a cumplir —la reiteración, el énfasis en «mi difunto hermano» me retumbó tan falso como un billete de tres euros.

La voz de este individuo me resultaba cada vez más desagradable. Su postura altanera me irritaba sobremanera, no entendía cómo siendo la principal implicada María y sus hijos se atribuía él el papel de protagonista absoluto. Mientras tanto, observaba al resto de la familia. María se mostraba oscuramente retraída, aparte, pero con un rictus que denotaba la incomodidad por la actuación de su cuñado. Juani, realmente complacida, henchida por la gran capacidad de su marido (creo que estaba más satisfecha por lo que podía pescar de herencia). El niño parecía abducido por su tío, asentía constantemente, era el aprendiz del preceptor infalible. Y mi Helena afrentada, su rostro enrojecido publicaba el bochorno que soportaba; entendía que era una reunión de cazadores en busca de la mejor pieza, en lugar del maldito reparto de los bienes de su querido padre.

Como habían retirado los platos del ágape, ya sólo se mantenía el copón de pacharán que había demandado el carnosos allegado, plantó sobre la mesa un maletín gris (realmente parecía una maleta, lógicamente Sansonyte) que durante el refrigerio permaneció inédita debajo de la mesa, entre los pies del caballero. Lo abrió con agobio, casi saltó los cierres de la valija, la parte superior se desdobló haciendo rebosar alguno de los documentos que contenía sobre la mesa anegándola por unos instantes. Los recogió sin ningún concierto aplastándolos y comenzó a buscar desordenadamente algo. Por fin lo encontró, exhibió una carpeta de plástico transparente que descubría unos llamativos escritos.

—Toma, lee la postrera disposición de mi amado y para siempre ausente hermano —me exigió mientras con displicencia me arrojaba el portafolios.

Su expresión no podía disimular su enojo, su contrariedad, incluso su disgusto, por verse obligado a dejar en manos de un tercero la partición de los bienes familiares. Con parsimonia extraje lo que había en su interior, realmente no eran papeles parecían pergaminos (en ese momento no lo sabía pero por los recuerdos que me han traído algunos amigos de Egipto, me dio esa sensación). Con total delicadeza, por la fragilidad del soporte, dejé reposar sobre la mesa el legajo; no podía actuar de otra forma, el escrúpulo en el trato debía ser total, el documento exteriorizaba una lasitud absoluta; pero sobre todo era de una belleza difícil de definir. Estaba decorado, en tintas que no pude reconocer, con motivos griegos, judíos (eso creo), y egipcios (dibujitos). Figuraban ser simples motivos decorativos, aunque sospeché contenían algo más, como si su artífice pretendiera ocultar un aviso mediante una obra impropia de nuestros tiempos. El texto, escrito en una caligráfica letra redondilla (como en los cuadernos de Rubio) perfectamente alineada, con la distancia entre las diferentes palabras perfectamente medidas, asemejaba al obtenido mediante una de las mejores impresoras láser, si no fuese por el tipo del soporte y porque las tintas eran meridiánamente originales y sin la textura granulada que proporcionaría ante un papel como éste una edición mecánica.

—Vamos lee, no tenemos todo el día, es necesario que resolvamos estos asuntos lo antes posible, son demasiado dolorosos —exigió sin miramiento varios tonos por encima de lo necesario, intentando acobardarme.

«Sí, dolorosos», pensé, realmente le corroía la impaciencia para agenciarse las gracias conseguidas.

Sin hacerle el menor caso, seguí estudiando el legajo. La persona que lo pintó (realmente parecía un cuadro y no un escrito) debía poseer una personalidad especial. Fue un persona minuciosa, todas las figuras mostraban el más nimio de los detalles; paciente, desde luego la confección ocupó un largo período de tiempo; inteligente, la distribución era siempre la adecuada y más bella y, como corroboré posteriormente, con abundante y excesiva retórica, las ideas perfectamente claras por la lucidez con la que exponía los pronunciamientos de su testado manuscrito, sin posibilidad de doble interpretación, se transmitían con excesivo boato.

Al fin me digné a estudiar el tratado mientras la familia en pleno clavaba las miradas en mi ser (por suerte me abstuve de beber vino durante la comida, de hecho, las miradas de los camareros fueron de reproche cuando solicité

una jarra con agua del canal llena de hielo; nunca comprenderán estos señoritings que el vino, por bueno que sea, me sienta fatal al estómago y que el agua mineral hace que parezca un globo aerostático una vez he finalizado la pitanza).

En el texto se leía:

«El siguiente mandato debe ser resuelto por una persona independiente, sin ninguna vinculación familiar ni económica con cualquiera de los beneficiados.

Exhorto que todo el caudal que relaciono a continuación se otorgue sin ningún tipo de controversia ni modificación de la siguiente fórmula:

Paco y Juani: Vosotros ya tenéis la mitad de las participaciones sobre los negocios hoteleros que en su momento heredamos de nuestros padres. Estas acciones las debéis mantener y fortalecer el caudal familiar, auxiliando y compartiendo la gestión a mi querido vástago que pasará a ser vuestro único socio.

La casa de la que disfrutáis, y merecéis, pasará a ser de vuestra total y única propiedad para que podáis disfrutarla con mis futuros sobrinos que nunca podré conocer, pero que gracias a su refugio espero que sí me podrán estimar.

Andresito: Como he declarado arriba a ti pasan las participaciones sociales sobre los hoteles de la familia, que con tan excelsos esfuerzos conquistaron nuestros ascendientes. Ya durante estos años, has ido impregnándote del funcionamiento de nuestro legado, de las maneras a seguir. Jamás olvides que ha sido nuestro soporte y nuestra envoltura. Gobiérnate por la razón, protégete con la sabiduría de tu tío que siempre será el conducto de tus pasos.

María: Mi querida y tantas veces ignorada esposa, madre de mis hijos, mantendrás el nido, el refugio, la casa que durante todos estos años de matrimonio nos ha cobijado. Te aseguro que jamás pasarás la mínima penuria, con las tiendas de ropa que alcanzas mantendrás el status que te corresponde. Sólo te ruego que encajes en tus planes a nuestra considerada hija, que sea primero tu educanda y luego tu cayado. Deléitate de tu antología de este retoño del que no veré dar el sublime fruto de unos nietos que me sosieguen en la vejez y cada vez que te solaces en ella recuérdame, porque siempre te he tenido en una máxima estima.

Helenita: Por fin, a ti no te lego ningún negocio familiar. Emplazo que te abras camino por ti misma, tú que tienes la capacidad, el potencial para merecerlo. Empero, no te desveles por tu ventura; mediante un seguro percibirás una renta vitalicia que cubrirá tus necesidades con holgura y que se ingresará mensualmente en el Banco Suizo, que pronto comunicará contigo, amén de otro modesto seguro cuya única beneficiaria eres tú, mi pequeña, que te reembolsará prontamente la compañía Helvetia aquí en España. Por favor, mi muchachita, jamás me arrincones, y sobre todo nunca olvides que tú has sido la niña de mis ojos, y esta niña de mis ojos puede ser tu fortuna y salvación.

Por último, dejo dispuesto que la persona habilitada para consumir mi póstumo mandato tiene a su disposición, en la caja de caudales de mi despacho, la cantidad de sesenta mil euros para afrontar las obligaciones legales, fiscales, así como la minuta que estime preciso deba percibir.

Recordad para siempre jamás que perennemente os he querido, que perpetuamente os he protegido. Besos,

MANUEL»

Levanté la mirada, observé uno a uno a los deudos. Todos, excepto María y Helena, esperaban ávidamente mi respuesta, alguna observación, hasta que el vozarrón de Paco rompió el nervioso silencio.

—¿Te crees capaz de afrontar las exigencias? —me inquirió rompiendo la magia que desprendía el escrito.

Se adivinaba que había dos bandos: la madre y la hija, estrechamente ligadas con el fenecido, que obviaban la materialidad del testamento y ahondaban en su espiritualidad, que conseguían leer entre líneas; y el hijo con sus tíos, que pretendían hacerse con las riendas de los negocios que habían conseguido pillar.

—Como es lógico, debo analizar la formalización de las propiedades que se detallan en función a esta distribución. Las particiones se podrán realizar sin ninguna dificultad legal pero, como es obvio, buscaremos la mínima tributación. Para esto debo trabajar en asociación con el competente letrado de mi equipo, él se responsabilizará del aspecto legal y yo del tributario —repliqué con el tono más pedante posible dirigiéndome al gordo, clavándole la mirada en sus ojos. No entendió nada y con rapidez desvió la mirada hacia los hielos que enfriaban su bebida.

—Pues bien, te llevas todos estos documentos, te los estudias y cuando hayas finalizado nos lo comunicas. Ya sabes que tienes diez millones para cubrir todos los gastos, incluidos tus honorarios y los de tus colaboradores. Toma, para los gastos iniciales coge estos tres mil euros —emitió cada una de sus palabras con la mirada perdida, sin osar cruzar sus ojos con los míos mientras acercaba su manota al bolsillo del pantalón. Me los entregó en efectivo de un abultado fajo de billetes de quinientos que portaba en la faltriquera atado en un hatillo con una goma elástica—. Si necesitas más no tienes más que pedirlo —rugió con un deje cada vez más airado largándome una tarjeta de visita. Ese fajo era su única arma. Era el típico mediocre que piensa que el dinero puede abrir o derribar cualquier frontera.

Sin más, propinó un empujón a la repleta maleta que señaló la cuidada mesa lanzándola hacia mí. La tabla protestó de las heridas soportadas emitiendo un agudo chirrido. Con un impulso se puso de pie haciendo que el respaldo de la silla rebotara varias veces en el suelo y, guiando al rebaño, salió airadamente del restaurante sin pagar (este sujeto debía ser una persona muy conocida en el lugar, no a todo el mundo le dejan salir sin aflojarse el bolsillo y de las maneras con que actuó). A punto estuve de rechazar la propuesta. La actuación del *señor* casi me sacó de quicio. Cuando me disponía a lanzarle los documentos a la cara me contuve, reflexioné. Los gastos me abrumaban y me encontraba canino. Me reconvinieron las caras de desamparo que subrayaban madre e hija. El formidable peso de estas razones me forzaron a aceptar con humillante humildad el trabajo.

Como pude, introduje la última voluntad del padre de Helena y cerré con dificultades y un fuerte apretón la maleta (lo había abandonado para que lo portase el vasallo que acababa de facilitarse). Era evidente que no le suspiraba que un extraño conociese los interiores de la gran familia, esa unidad. Poco a poco empezaba a sospechar que no estaba tan allegada como representaba. Debía haber importantes choques domésticos, en la presencia de tanto dinero no debe ser nada fácil la concordia entre los componentes. En este tiempo, seguro que sólo don Manuel componía la amalgama que aseguraba la estabilidad del capitolio que componía la familia.

Ya en la calle, se despidió con un simple «buenas tardes» y se encaminó hacia el coche que les estaba aguardando un poco más arriba. El resto de la cuadrilla le escoltó calle arriba. Por un momento María pareció vacilar, volvió la cara y comenzó a entreabrir los labios como para decir algo; rápidamente cambió de opinión, tornó la cabeza y siguió a su cuñado con celeridad. La que

sí se demoró fue Helena. Llevé mi mano hacia su hombro desnudo y comencé a deslizarla hacia la suya acariciando su suave piel mientras que la preguntaba:

—¿Qué tal estás? —se repitió demasiadas veces. No era una simple pregunta retórica. Por alguna extraña razón, a pesar de nuestros frecuentes encontronazos, la chica me preocupaba.

—Bien... —balbuceó con una mortecina voz, casi sin poder articular.

—Por favor, no digas tonterías —le recriminé mientras aferraba fuertemente su desmayados dedos, intentando insuflarle las fuerzas que a todas luces demandaba su roto corazón.

—No, en serio, estoy bien, no pasa nada... ya hablaremos —sostuvo, mientras que con la mano desocupada limpiaba de su ojo derecho una traicionera y delatora lágrima. Bajó la cabeza, rehusó mi contacto y corriendo alcanzó al resto de la familia.

Apesadumbrado (estas cosas de muertos, aunque no los conozca me sumen en la tristeza), casi con los ojos velados les vi desaparecer en camarilla al torcer la esquina el vehículo que les transportaba. Me encontraba abatido, no es justo que personas tan jóvenes tengan que soportar una carga como la que sufren, el dinero no es todo en la vida. Determiné llamar a mi letrado, y a pesar de todo amigo, Abraham, para comentarle el caso y sobre todo para tomar una copitas y animarme con él y si era posible con otras compañías más placenteras.